

doradas, los colosos ecuestres que se alzaban sobre pilastras titánicas, ante los anfiteatros y las termas, las esfinges de bronce sentadas sobre pedestales de pórfido, los templos y los palacios que levantaban sus frontispicios de granito en medio de un pueblo aéreo de divinidades de mármol y de Emperadores de plata?

Todo ha desaparecido ó ha sido transformado.

Las estatuas ecuestres de bronce han sido fundidas para cañones; los adornos de cobre de los obeliscos, reducidos á moneda; los sarcófagos de las Emperatrices, cambiados en fuentes; la iglesia de Santa Irene, es un arsenal; la cisterna de Constantino, una oficina; el pedestal de la columna de Arcadio, una tienda de veterinario; la yedra y los pedruscos cubren los cimientos de los alcázares; sobre el suelo de los anfiteatros, crece la yerba de los cementerios; y algunas escasas inscripciones, calcinadas por los incendios ó mutiladas por las cimitarras de los invasores, recuerdan aún que sobre aquella colina estuvo la Metrópoli maravillosa del Imperio de Oriente.

Sobre aquella ruina cruel, se asienta Stambul, como una odalisca sobre un sepulcro, aguardando su hora.

EN LA FONDA.

Y ahora, el lector acompáñeme al hotel á tomar un poco de aliento.

Una gran parte de lo que hasta aquí he descrito, lo visitamos mi amigo y yo el día mismo de nuestra llegada; imagínese el que lee, cómo debíamos tener la cabeza al volver á la fonda, cuando caía la noche.

Durante el camino, no digimos una palabra; y apenas hubimos entrado en el cuarto, nos dejamos caer sobre el sofá, mirándonos cara á cara, y preguntándonos los dos á un mismo tiempo:

—¿Qué te parece?

—¿Qué me dices?

—¡Y pensar que he venido aquí para pintar!

—¡Y yo para escribir!

Y ambos nos sonreimos en señal de fraternal compasion.

Aquella tarde, en efecto, y aun durante algunos días despues, si Su Majestad Abdul-Aziz me

hubiera ofrecido en premio una provincia del Asia Menor, no me hubiera atrevido á escribir diez líneas seguidas acerca de la capital de sus Estados; tan cierto es, que para describir las grandes cosas, es preciso hacerlo de lejos, y para acordarse bien, haberlas olvidado un poco.

¿Y cómo hubiera podido escribir en un cuarto, desde el cual se contempla el Bósforo, Scutari y la cima del Olimpo?

La fonda misma era un espectáculo. A todas horas del día, por escaleras y corredores, iban y venian gentes de todos los países. A la mesa redonda sentábanse diariamente veinte naciones. Comiendo, no me podía quitar de la cabeza que era un delegado del gobierno italiano y que debía tomar la palabra á los postres sobre cualquier gran cuestion internacional.

Allí había caras sonrosadas de *lady's*, cabezas enmarañadas de artistas, testuces de yunque, de aventureros, propios para troquelar moneda sobre ellos, cabecitas de vírgenes bizantinas, á las que no faltaba más que el nimbo de oro, caras hermosas y caras siniestras..... ¡Y todos los dias cambiaban!

A los postres, cuando todos hablaban, parecía aquello la torre de Babel. Allí conocí, desde el primer dia, á varios rusos infatuados con la idea de la posesion de Constantinopla.

Todas las tardes se encontraban de regreso

de los puntos extremos de la ciudad, y cada uno tenia un viaje que contar. Quién, habia subido á lo más alto de la torre del Serasquier; quién, habia visitado el cementerio de Eyub; quién, venia de Scutari; quién, habia hecho una correría por el Bósforo.

La conversacion estaba sembrada de descripciones llenas de color y de luz; y cuando las palabras faltaban, el vino dulce y perfumado del Archipiélago servía de locuaz consejero.

Había tambien algunos de mis conciudadanos, gente rica é ignorante, que me obligaban á tragar mucha bñlis, porque desde el principio al fin de la comida todo se le volvia decir:—¡Ira de Dios con Constantinopla! ¡En las calles no hay aceras, los teatros son oscuros, y aquí, en suma, no sabe uno cómo pasar la velada! Sin duda, habían ido á Constantinopla á pasar las noches! Uno de aquellos charlaba de su viaje por el Danubio. Le pregunté si le habia gustado el gran rio; me contestó que en ninguna parte del mundo se condimentaba el pescado como á bordo de los piróscafos de la real é imperial Compañía austriaca.

Otro, era un tipo amenísimo de viajero amoroso; de esos que viajan para seducir bellas, formando la agenda de sus conquistas. Era un sujeto alto y rubio, espléndidamente dotado del octavo don del Espíritu Santo, que cuando la conversacion recaía sobre las mujeres turcas, bajaba la ca-

beza con sonrisa misteriosa y no tomaba parte en la conversacion sino con medias palabras, truncadas siempre artificiosamente por un sorbo de vino. Llegaba todos los dias á comer un poco más tarde que los demás, jadeante, con el aire de haber jugado al Sultan una mala partida, y entre plato y plato pasaba cautelosamente de un bolsillo á otro billetitos cerrados que quería hacer aparecer como cartas de odaliscas, y no eran seguramente sino..... cuentas de la fonda.

Pues ¿y los valientes que se revelan en estos hoteles de ciudad cosmopolita? Preciso es verlos para creer en su existencia.

Era un jóven húngaro de una treintena de años, alto, nervioso, con dos ojos diabólicos y una conversacion febril, el cual, despues de haber sido secretario de un rico señor estrafalario en París, alistóse entre los zuavos franceses de Argelia; habia sido herido y hecho prisionero de los árabes; despues escapó hasta Marruecos; luego, volviendo á Europa, habia ido al Haya á pedir el grado de oficial para ir á combatir contra los Atchines; vuelto á Holanda, decidió alistarse en el ejército turco, pero al pasar por Viena de camino para Constantinopla, habia recibido un pistoletazo en el cuello en un duelo por una mujer (y hacia ver la cicatriz); y llegado á este punto, —¿qué hacer?— se preguntaba—*yo soy hijo de la aventura*; es preciso que me bata; ya he encontra-

do quien me conduzca á la India—y enseñaba el billete de embarque;—me haré soldado inglés; cabalmente siempre queda alguna cosa que hacer; yo no busco más que batirme; ¿qué me importa morir?— ¡Despues de todo, tengo consumido un pulmon!»

Otro bello original era un francés, cuya vida la constituía perpétua guerra con el correo. Tenia una cuestion pendiente con el correo austriaco, otra con el francés, otra con el inglés. Mandaba artículos de protesta á la *Nueva Presse Libre*. Lanzaba impertinencias telegráficas á todas las estaciones postales del continente; sufría todos los dias un disgusto con cualquier oficina de correos. No recibia una carta á tiempo, no escribia una que llegase á su destino y contaba en la mesa todas sus desgracias y todos sus disgustos, terminando siempre por asegurar que el servicio postal acortaba su vida.

Me acuerdo tambien de una señora griega, con cara azorada, ridículamente vestida y eternamente sola, que todas las tardes se levantaba de la mesa á la mitad de la comida, y se marchaba despues de haber hecho sobre el plato un signo cabalístico, cuyo significado nadie llegó á saber nunca.

Tampoco he podido olvidar una pareja valaca, un guapo mozo de veinticinco años y una tierna jovencilla que aparecieron solo una tarde, y

que eran indudablemente dos fugitivos: él raptor y cómplice ella; porque bastaba fijarse un momento para hacerles enrojecer, y cada vez que se abría la puerta saltaban como dos resortes.

¿De qué otro me acuerdo? ¡Oh, de cien más, si lo pensara! Aquello era una linterna mágica.

Nos distraíamos mi amigo y yo el día de la llegada de un piróscafo, en ver entrar la gente por la puerta de la calle. Algunas caras parecían decir:—¿Qué mundo es este? ¿Dónde hemos venido á parar?

Un día entró un jovencito recién llegado, que parecía muy satisfecho de encontrarse por fin en Constantinopla, sueño de su infancia, y estrechaba con sus dos manos la de su padre. Este le decía con voz conmovida:—*Je suis hereux de te voir heureux, mon cher enfant.*

Las horas de calor las pasábamos en la ventana mirando la Torre de la Muchacha, que se levanta, blanca como la nieve, sobre un solitario escollo del Bósforo, frente á Scutari; y mientras fantaseábamos sobre la leyenda del príncipe de Pérsia, que iba á aspirar el veneno del brazo de la bella sultana mordida por el áspid, desde una ventana de la casa de enfrente, todos los días á la misma hora un muchacho de cinco años nos hacía los cuernos.

Todo era curioso en aquel hotel. Entre otras

cosas, delante de la puerta encontrábamos por las tardes uno ó dos sujetos de cara equívoca, que debían ser corredores de modelos para pintores, y que tomando á todos por tales, iban diciendo á todos en voz baja:—¿Una turca? ¿Una griega? ¿Una armenia? ¿Una judía? ¿Una negra?